

La niña de oro puro

La niña de oro puro

MARGARET DRABBLE

TRADUCCIÓN DE ANTONIO RIVERO TARAVILLO



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
The Pure Gold Baby

Copyright © MARGARET DRABBLE, 2013 Published by arrangement with
Canongate Books Ltd, 14 High Street, Edinburgh EH1 1TE

All rights reserved
Primera edición: 2015

Traducción
© ANTONIO RIVERO TARAVILLO

Imagen de portada
© Egon Schiele, *Little Girl with Blond Hair in a Red Dress*, 1916

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2015
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Calle los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión
KADMOS

ISBN: 978-84-16358-10-6
Depósito legal: M-34709-2015



Cultura

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

Impreso en España

Para Hilary y Ben

Lo que sentía por aquellos niños, como habría de darse cuenta algunos años después, era una ternura proléptica. Al ver sus cuerpecitos desnudos, sus ombligos orgullosos y marrones, las moscas que se agolpaban alrededor de sus narices llenas de mocos, sus ojazos, sus dedos de los pies extrañamente fundidos y bifurcados, sentía un cariño sincero. Donde otros podrían haber sentido lástima, o tristeza, o asco, ella sentía una suerte de alegría, una alegría inexplicable. ¿Era esto una premonición, una vacuna contra la aflicción y el amor venideros?

¿Cómo había podido suceder? ¿Qué lógica cronológica podría haber hallado sentido a esa secuencia? Y aun así, acabaría preguntándose si ocurrió de ese modo. Algo en aquellos pequeños había apelado a ella y despertado, en respuesta, un tierno espíritu. Este espíritu había permanecido latente en ella durante mucho tiempo y, cuando se apeló a él, acudió en su ayuda. El espíritu maternal había sido incubado sobre las quietas y lejanas aguas del grande y resplandeciente lago y todos sus pantanos frecuentados por aves e islas esponjosas y ensenadas ribeteadas de juncos, y había penetrado en ella cuando era joven, apoderándose de todo su ser. ¿Fue éste el comienzo, fue éste el verdadero momento de la concepción? ¿Fue éste el antiguo y lejano lugar de encuentro que había engendrado a la niña de oro puro? ¿Allí, con los niños desnuditos, en medio de las hierbas y las aguas?

Jamás había oído nada acerca del extraño estado que aquejaba a algunos de los miembros de esta tribu pobre, pacífica y desesperanzada, y verlo fue algo que la pilló por sorpresa, aunque Guy Brighthouse, su mecenas y colega en esta expedición, afirmaba que había sido bien documentado y que había visto fotografías antes. (Pero Guy era un tipo duro que nunca admitiría nada

que fuera tan vulnerable como la sorpresa). Por entonces, se lo conocía popularmente como síndrome de la Pinza de Langosta, una expresión que se llegó a considerar incorrecta. (Ahora se la conoce más generalmente como ectrodactilia, o МНРН, pero esto era algo que ella por entonces no sabía. Por entonces no conocía ninguno de sus nombres. El acrónimo МНРН cifra discretamente las palabras Mano Hendida Pie Hendido). En algunas zonas del mundo, en algunos pueblos, en algunos acervos genéticos, los dedos de las manos se unen. En otros casos, sucede lo mismo con los pies. En esta parte de África Central, son los dedos de los pies los que forman un sencillo tocón o cabo dividido. Un reducido grupo de antepasados ha producido y transmitido esta anomalía.

Los niños parecían indiferentes a su deformidad. Los dedos vestigiales de sus pies funcionaban bien. Los niños eran ágiles y activos en el agua, y torpes en tierra. Movían pértigas y remaban desplazando sus barquichuelas con destreza, elegantemente. Miraban con fijeza y gravedad a los antropólogos, pero sin mucha curiosidad. Se mostraban reservados. Se colocaban en los bordes de sus canoas con una elegancia natural, sosteniendo firmes las pértigas como lanzas en el fango. No hablaban mucho, ni en su propio idioma ni en inglés, lengua de la cual sus mayores conocían algunas palabras. No eran de la tribu a la que el equipo había venido a estudiar; eran una atracción secundaria y fortuita de un viaje más largo, y el equipo no permaneció con ellos lo bastante como para prestarles mucha atención. Formaban parte de una etapa intermedia. Pero durante los dos días que el grupo se quedó allí, Jess (con diferencia, la más joven del equipo, tanto que era considerada por la mayoría casi como la mascota del grupo) observó a los niños mientras jugaban a un juego con piedras. Era uno de los juegos más sencillos, una especie de tres en raya, un juego inmemorial, un juego de piedras de la Edad de Piedra. Piedras rojas y piedras blancas movidas en un cuadrado escarbado sobre el barro de un color ocre rojizo, endurecido por el sol. No conocía las reglas, y no intentó hacerlo. Los observaba, a los niños simples, jugar bajo el vasto cielo africano.

Del barro que había en los brazos menos profundos del río, se alzaban burbujas, burbujas del gas cenagoso de un mundo inferior. Un paisaje acuoso y movedizo, que liberaba sus espíritus a través de los juncos verdes. Había islas flotantes de papiro copetudo, maleza a la deriva que no era agua ni tierra. En las orillas más altas, el barro se secaba y se hacía arcilla. Con ésta, los niños habían moldeado ladrillos de juguete y jarras del tamaño de dedos. Los habían colocado en un circulito entre los juncos. Una pequeña fiesta a la espera de los pequeños espíritus, sus invitados.

Al día siguiente, durante el viaje del equipo, vio un picozapato. A los guías les encantó avistar este prístino y raro pájaro, único en su especie, primitivo, de color azul cielo, muy buscado por los observadores de aves. El picozapato representa a su familia solitaria. Posee su propio género, su propia especie. Tal vez esté emparentado con el pelícano, pero tal vez no. El turismo ya se iba abriendo paso lentamente hacia el lago, y los guías pensaron que a su *troupe* le encantaría este avistamiento, y así fue. Pero, aunque le gustó el distinguido picozapato, lo que Jess recordaría, era a los niños con sus piedras simples y sus dedos de los pies simplificados. No formaban parte de la ruta turística.

Ellos fueron su introducción a la maternidad. Regresó a casa, prosiguió sus estudios, pero no los olvidó.

Fueron prolépticos, pero también fueron proféticos. Y empezó a pensar, conforme transcurría el tiempo, que le traían a la mente algún recuerdo remoto, un recuerdo tan remoto que era incapaz de recuperarlo. Había desaparecido, sepultado quizá, más allá de toda posibilidad de evocación. Era un recuerdo benigno, benigno como los niños, pero había desaparecido.

Se llevó a casa un tesoro, una piedra con un agujero en medio, una piedra de la Edad de Piedra que podía hacer llover. Era una piedra del pequeño pueblo batwa del lago. ¿Habían sido los niños de la familia batwa? No lo sabía, pero pensó que podían haberlo sido.

El territorio de los batwa había menguado. Se habían refugiado no en los matorrales, como habían hecho la mayoría de las tribus africanas desplazadas, sino entre los juncos y en el agua.

Jess conservaría la piedra de lluvia toda su vida.

La niña de oro puro nació en un hospital de la Seguridad Social en el centro de Londres, St Luke's, un viejo manicomio hoy reubicado en las afueras. El edificio en el que nació la niña es hoy un hotel moderadamente caro para turistas extranjeros. En una de las salas abiertas al público hay un mural que evoca su pasado médico, con doctores ataviados con batas blancas y atareadas enfermeras. A algunos huéspedes les parece que es de dudoso gusto. El olor a desinfectante no ha desaparecido por completo de la madera.

La peculiaridad de esta niña pequeña no resultó evidente al principio. A simple vista parecía como cualquier otro recién nacido. Poseía cinco dedos en cada mano, cinco dedos también en cada pie. Su madre, Jess, fue feliz con el nacimiento de su primogénita, a pesar de las inusuales circunstancias, y la quiso desde el mismo momento en que la vio. No estaba segura de que fuera a ser así, pero la quiso. Su hija resultó ser uno de esos niños especiales. Ustedes los conocen, los han visto. Los han visto en parques, en supermercados, en aeropuertos. Son los niños felices, y una se fija en ellos porque son felices. Sonríen a los extraños; cuando una los mira, reaccionan sonriendo. Nacieron así, se dice una, mientras prosigue pensativa su camino.

Sonríen en sus carritos y en sus cochecitos.

Sonríen incluso cuando están convalecientes de sus operaciones de corazón. Se despiertan de la anestesia y sonríen. Sonríen cuando sólo tienen unas semanas de vida, son del tamaño de un pollo atravesado por una brocheta y tienen cosidos con un hilo los esternones, como un paquetito. Una vez vi a una, no hace tanto, en el Hospital Infantil de Great Ormond Street, en Londres. Cuando me la presentaron y me hallaba escuchando una descripción de su caso y de su situación, abrió los ojos y me miró. Y al verme, sonrió. Su primer impulso, al ver a una extraña, fue sonreír. Era un pequeño bulto de pelo negro, cara colorada y arrugada, como una indita vendada, tan a gusto en su diminuta cuna. Había salido sana y salva de una complicada operación. Sonreía.

Vi a uno en una larga cola para embarcar en un aeropuerto, hará un año o dos. Habría sido imposible no fijarse en él, u olvidarlo. Tendría unos ocho meses, y su madre lo tenía en brazos,

con las piernecitas rechonchas cómodamente a horcajadas de la sólida cadera de ella, y sonreía; establecía contacto con la multitud sin dificultad y alargaba sus manitas de finos dedos para saludar a los extraños, respondiendo a sus cloqueos y saludos. Otros críos en la fila lloriqueaban, se quejaban y se peleaban, tiraban de sus padres y gimoteaban, aburridos e inquietos mientras agarraban sus juguetes que se caían al suelo o arrastraban sus maletitas de plástico con ruedas de Disney, de vivos colores rosa y azul; pero éste estaba radiante con un regocijo natural. Tenía la cara ancha, rubicunda, redonda, resplandeciente y con hoyuelos, y su pelo era como el suave plumón de seda de un bebé. Entretenía a la larga e impaciente cola de viajeros rezagados. La madre parecía orgullosa y modesta, mientras su niño era alabado y admirado por todos. La madre era recia y poco atractiva y también tenía la cara redonda: una mujer joven corriente y casera, el arquetipo de una madre corriente, orgullosa de su hijo, como lo son esas madres. Pero al niño, su felicidad lo hacía sobrenatural.

No se sabe de dónde proceden, o por qué tienen ese don. ¿Quién se lo da? No se sabe. No lo sabemos. No hay forma de decirlo. Tiene un origen profundo y primigenio, o eso podría creerse. Ellos lo traen hasta nosotros.

No se sabe qué será de ellos en años posteriores. Ese resplandor no puede durar. Eso es lo que se dice una, mientras contempla sus caritas risueñas.

La niña de oro puro, nacida en el hospital de St Luke's, en Bloomsbury, era una niña agradable que no molestaba a nadie. Se enchufaba al pezón y mamaba rítmicamente, dormía tranquilamente en su cuna y respiraba uniformemente, y Jess, su madre, se deleitaba con ella. Se la llevó a su modesto apartamento, en un segundo piso del norte de Londres, que le alquilaba muy barato una pareja que vivía debajo y a la que conocía desde sus primeros años de estudiante, y para la cual solía hacer de canguro. Aunque ejercitada naturalmente en las dudas y angustias que asaltan a las madres jóvenes, desde el principio sintió amor, y confianza, por esta cría que la pilló un poco por sorpresa. No había esperado que la maternidad llegara de forma tan fácil. El parto había sido

moderadamente doloroso, aunque la petidina ayudó un poco, pero el cariño llegó con facilidad.

Quienes sean aprehensivos y recelosos por naturaleza leerán este relato como una advertencia, y tendrán razón. Nos preocupamos por ella, nosotros, sus amigos, su generación, las otras madres en el parque infantil de la vieja y polvorienta iglesia del cuadrante. (No creo que la palabra «cohorte» en aquella época se tomara del diccionario para ser usada en el léxico sociológico). Nos preocupábamos por ella en la tienda de alimentación, mientras comprábamos las latas de alubias y salchichas, las galletas y los cartones de huevos, nuestros tarritos de cristal de lo que entonces creíamos que era nutritiva e inocente comida para bebés marca Heinz.

Era lo que hoy llamamos una madre soltera, y eso era algo mucho menos normal entonces de lo que es ahora. Pensamos que pasaría dificultades, a pesar de que su niña era de oro puro.

Era una madre soltera que había interrumpido su carrera profesional, la cual, tanto ella como nosotras, dábamos por sentado que reanudaría más activamente cuando la niña se hiciera algo mayor. Era la clase de carrera que podía continuar, en cierto modo, lo mismo en casa que fuera de ella: leyendo, estudiando, corrigiendo exámenes, realizando labores editoriales en una pequeña revista académica, dando una clase extracurricular o dos, escribiendo artículos de periodismo médico para publicaciones del ramo. (Cada vez estuvo más capacitada en la última de estas actividades, y llegó una época en que fue invitada a escribir, más lucrativamente, en la prensa generalista). No perdió el contacto con su disciplina. Era antropóloga por vocación, de formación y de profesión, y consiguió ganarse modestamente la vida con estos expedientes y garabatos. Escribía con rapidez y facilidad, lo mismo a nivel académico que divulgativo. Se convirtió en una antropóloga de sillón, amarrada a la mesa del estudio, dependiente de las bibliotecas. Una antropóloga urbana, aunque no en el sentido moderno del término.

Al padre de la niña nunca llegamos a verlo. Suponíamos que Jess sabía quién era y dónde estaba, pero no lo decía, y nadie

sabía si había sido informado del nacimiento de su hija. Tal vez él contribuyera con algo a los gastos de mantenimiento de la niña. O quizá no. Jess no era una mujer callada o retraída, y le encantaba hablar, pero no hablaba del hombre que había sido, y quizá era todavía, el hombre de su vida. ¿Se trataba de un compañero de estudios, estaba casado, era un profesor, un extranjero que había regresado a su patria? No lo sabíamos.

Habíamos especulado groseramente, antes de nacer la niña, con que ésta podía ser de piel oscura. Jess tenía conocidos negros y amigos africanos, y sabíamos que había estudiado un tiempo, aunque breve, en África. Sabía de África más que la mayoría de nosotros, lo cual, para ser sinceros, no era gran cosa. Pero la niña tenía la piel blanca, y su suave pelo de bebé era de color claro.

No sabíamos lo bastante de genética para saber qué significaba eso, si es que significaba algo.

Jess procedía de una ciudad industrial en las Midlands y, tras estudiar en un buen instituto y hacer un curso básico de árabe en una universidad nueva, llegó a obtener una licenciatura en la SOAS. ¡En la SOAS! ¡Lo mágicas que habían sido para ella esas iniciales cuando tenía diecisiete años al oírlas por primera vez, y qué emocionantes y cautivadoras seguirían siendo para ella, incluso hasta el final de la madurez! La SOAS, la Escuela de Estudios Orientales y Africanos, situada en el corazón del Bloomsbury académico. No sabía nada de Bloomsbury ni de Londres cuando llegó allí desde su casa de provincias en el blanco blanquísimo centro de Inglaterra. (En aquellos días, Londres estaba llena de gente joven de las provincias que no sabía nada de Bloomsbury).

La SOAS era un mar de aventuras, de sabiduría, de corrientes interculturales que fluía y se arremolinaba por Gordon Square, Bedford Square y Russell Square, y a lo largo de Great Russell Street. Jess se arrojó a sus aguas y nadó con sus mareas. Le encantó el primer curso, que pasó en un anticuado hostel para mujeres; disfrutó con la libertad de su posterior estudio, donde cocinaba en un hornillo individual y leía en la cama a la luz de una

lámpara hasta bien entrada la noche. Su felicidad era inmensa. Su especialidad la cautivaba. ¿Cómo había dado con ella, cómo había tenido tan buena suerte? Sin duda, llevaba una vida afortunada. La SOAS era frecuentada por extranjeros elegantes y talentosos de todas las partes del mundo: eruditos, lexicógrafos, capitostes, futuros jefes de Estado, y ella tenía libertad para moverse entre ellos. Era un lugar de encuentro, si no exactamente un crisol de razas.

A los veinte años, mientras caminaba a lo largo de la tan antigua como moderna Tottenham Court Road, usaba el augusto pero acogedor Museo Británico a modo de atajo, se sentaba sobre la hierba y bajo el sol de la intemporal Russell Square, asistía a un seminario, escuchaba una conferencia o compraba en la deslucida Marchmont Street, era profundamente dichosa, y su imaginación rebosaba de sueños acerca del futuro, de especulaciones sobre las tierras que visitaría, los viajes que la aguardaban, los pueblos que conocería.

El daño que las bombas habían infligido a Londres por fin estaba siendo lentamente reparado con energía, aunque no siempre con estilo, y las calles de finales de los años cincuenta y principios de los sesenta rebosaban de promesas, cambio y esperanza.

Algunos de los grandes hombres del futuro eran producto de la SOAS, la London School of Economics y el Temple. Habían ocupado la milla cuadrada de progreso educativo colonial, y ahora se hallaban en proceso de reescribir la historia. Jomo Kenyatta, Seretse Khama, Kwame Nkrumah... El poderoso recuerdo de sus nombres pendía densamente sobre el aire de Bloomsbury y Fleet Street, los grandes nombres de grandes bestias, las estrellas de la sabana, los gigantes que cabalgarían el mundo poscolonial. Pero también estaba la gente menos importante: los ingeniosos estudiantes indios, los altos y ambiciosos chicos sudafricanos que se habían licenciado en Rhodes o en Ciudad del Cabo, los intelectuales guayaneses, los místicos birmanos, los veganos de Mauricio, los gemelos de Yakarta, los futuros derviches blancos de clase media de Southport... todos unidos en el esfuerzo humano, todos parte de la familia del hombre. El abigarramiento de la

especie humana era algo que a Jess, que estaba enamorada de todos esos pueblos, le encantaba.

Vivíamos en un mundo inocente.

¿Qué queríamos decir con «inocencia»? , puede que se pregunten ustedes.

Cuando Jess iba al colegio en Broughborough, no mucha gente a la que conocía había oído hablar de la soas o, incluso, de antropología. El azar se los reveló a ella, y la puso en el camino que la llevó a emprender el largo periplo de su vida.

Su padre, que trabajaba en Planificación Urbanística y Rural, había adquirido durante sus viajes con la RAF en la Segunda Guerra Mundial algunos folletos con hermosos dibujos de pueblos indígenas coloreados a mano. Se los habían ofrecido en un bazar en el norte de África y, como le dieron mucho la tabarra para que se los quedara, los había comprado por un modesto importe. Le daban lástima los vendedores en aquellos tiempos difíciles, los chicos con cajas de cerillas, los viejos que se ofrecían a lustrarle los zapatos, usando la saliva como crema. Estos folletos, a su humilde manera, eran el equivalente de las tarjetas guarrras y las barajas de cartas obscenas que compraban otros soldados, marinos y aviadores para matar las horas de aburrimiento. Quizá él también había comprado algunas, pero, si lo hizo, no las dejó por ahí para que su mujer y sus dos hijas las encontraran. *Los pueblos de muchas tierras* tampoco estaban a la vista, aunque tampoco escondidos, y Jess se topó con ellos en uno de los cajoncitos de un antiguo buró de roble calado con librería que se alzaba en la salita con ventanas saledizas de los años treinta de la casa de los Speight en Broughborough. Eran demasiado pequeños para quedar bien de pie en una balda. Estaban encuadernados, o eso recordaría ella, en una especie de cuero de gamuza suave, como de cabritilla. Con la tierna piel de una cabra joven de los montes del Atlas.

Las ilustraciones le produjeron asombro. Le resultaron interesantes en parte por la desnudez que exhibían, tan rara en

aquellos tiempos... Había africanos de pecho desnudo, nativos de Papúa Nueva Guinea con plumas, apaches y cherokees apenas vestidos, miembros de tribus con dientes limados en afiladas puntas, valientes habitantes desnudos de la Tierra del Fuego. No había penes visibles, aunque había una vista discretamente oblicua de un sudamericano del Mato Grosso pródigamente tatuado que lucía lo que más tarde ella identificaría como una funda de pene. Pero, por lo demás, había todo lo que una niña curiosa podía desear ver. Había cuellos que habían sido alargados artificialmente, y orejas que colgaban, y huesos en las narices, y discos en los labios, y senos que descendían como sacos de cuero u odres de vino por debajo de la cintura, y pequeños pechos cónicos que apuntaban alegremente hacia arriba.

Estos retratos eran mucho más conmovedoramente humanos que las fotografías que se podían ver en la revista *National Geographic* en la sala de espera del dentista. A Jess no le gustaban esas fotografías: le parecían groseras, entrometidas y faltas de autenticidad. No le gustaba el modo en que los grupos se alineaban para enseñar los dientes con una mueca que pretendía ser una sonrisa: le recordaba el procedimiento de las fotografías oficiales de la escuela, siempre un suplicio, y amenazador en su estricta reglamentación. Pero la obra del artista en los folletos de su padre era delicada, atenta, admirativa. Los hombres, mujeres y niños aparecían vestidos de dignidad, eran extraños e independientes. Quizá estaban idealizados: en aquella época no se le ocurrió preguntarse sobre esto. No sabía qué modelos se habían empleado. ¿Habían sido sacados del natural, o acaso copiados de otros libros? No lo sabía. Pero quedó encandilada, ya de niña, por el misterio y la riqueza de la diversidad humana.

Cada figura tenía una página para ella sola, y los colores eran puros y nítidos. El escarlata de las túnicas y los adornos de aquellas gentes era tan brillante como la sangre; el verde, tan lozano como el de una hoja en mayo; el turquesa, recién acuñado como si acabara de salir de una mina brasileña; el plata y el oro, tan delicados y tan brillantes como la más refinada filigrana. Los tonos de la piel poseían los matices del rosa, del mármol, el

marrón-malva del chocolate y el ébano. Ninguna de las extremas formas corporales la repelía, pues todas estaban retratadas como algo bello. Estos extraños procedían de un mundo primitivo, de un mundo sin tonos apagados e impoluto, un mundo tan nítido como los colores de una caja de pintura, y Jess ansiaba conocerlos, ansiaba conocerlos a todos.

Esas figuras, esos pueblos de innumerables lugares, acabaron por llevarla a la soas, y de allí a los niños junto al lago con Pinza de Langosta, y de allí al nacimiento de la niña de oro puro, a la que llamó Anna.

Jess ahora está envejeciendo, pero para su joven Anna, de mediana edad, todavía es una madre joven.

Jess no ha viajado mucho desde el nacimiento de Anna. Ha abandonado el campo. De estudiante, se había imaginado a sí misma viajando impetuosamente a lo largo y ancho del mundo. Pero las circunstancias la condicionaron, como a muchas mujeres a través de las épocas que se han visto básicamente limitadas a un territorio de puertas para adentro. Su hija era lo primero, y para Jess la maternidad no es algo que tenga visos de finalizar.

Como antropóloga, Jess es sensible a la percepción pública de su vocación. Ciertas disciplinas académicas e intelectuales, ciertas ocupaciones profesionales, parecen ser terreno abonado para la hilaridad y para no ser tomadas en serio: los sociólogos, los trabajadores sociales, los psicoanalistas... todos reciben su ración de burla pública y de oprobio, junto con, por otra clase de motivos, los agentes inmobiliarios, los dentistas, los políticos, los banqueros y aquellos a quienes recientemente hemos llegado a denominar «asesores financieros». Cuando Jess era estudiante y empezaba, ni se le pasó por la cabeza que hubiera algo cómico acerca de sus intereses, y años más tarde le impactó descubrir que para el común de los mortales la antropología se relacionaba con la salacidad, la pornografía y los penes. Se educó en lo que creía que era una noble tradición. Los chistes poco serios acerca de las travesuras sexuales de los salvajes le resultaban tan

irrelevantes e incomprensibles como las expresiones con doble sentido que había en las pantomimas que la llevaban a ver en Derby, cuando era niña. Era incapaz de ver nada innatamente divertido en los isleños de Trobriand, o en los jóvenes que alcanzaban la mayoría de edad en Samoa. Interés, sí; comedia, no.

A los setenta y tantos años, llegaría a interesarse por las ideas populares sobre la antropología y su uso como motivo en la ficción. Escribió un ensayo sobre este asunto que puede que ustedes hayan leído. En la ficción afirmó que, por lo general, había sido empleada por intelectuales impertinentes y punzantes: Cyril Connolly, William Boyd, Hari Kunzru... , escritores en los que parecía despertar la parodia. La propia Margaret Mead fue objeto de incesantes chistes reduccionistas y sexistas. Saul Bellow, en opinión de Jess, presentaba una honrosa excepción a la tradición de la mofa de la antropología, y su novela *Henderson, el rey de la lluvia*, que había leído a una edad en la que aún era impresionable, ejerció en ella una profunda influencia. Le mostró el misterio de la dignidad de la tribu de los niños con Pinza de Langosta, aunque no aparecen, desde luego, en la novela de Bellow, o, hasta donde ella sabía, en novela alguna. Bellow, cree ella, sabía menos del continente físico de África que ella misma, pero escribió atinadamente sobre éste, y no se habría reído de los pies de langosta.

Hacia el final de *Lolita*, el archiparodista Vladimir Nabokov ofrece un ejemplo clásico de mofa de la antropología, reconocidamente puesta en labios de un perverso sexual que ruega por su vida a punta de pistola, pero incluso así un pasaje vulgar y sexista: el perverso villano y víctima de la novela, balando «Baje ese arma» como estribillo, trata de librarse de la venganza del antihéroe Humbert Humbert con ofertas cada vez más desesperadas, incluido el acceso a su «colección única de artículos eróticos», que incluye la edición de lujo, tamaño folio, de *La isla Bagration*, obra de la exploradora y psicoanalista Melanie Weiss «con fotografías de ochocientos y pico órganos masculinos que examinó y midió en 1932 en Bagration, en el mar de Barda, y gráficos muy esclarecedores, urdidos con amor bajo cielos placenteros». Jess quedó horrorizada por una relectura que hizo más

tarde de esta novela clásica. Le había disgustado cuando tenía veintitantos años, cuando era demasiado joven e inocente para entenderla, pero cumplidos los sesenta la comprendió y le repugnó a partes iguales.

A partir de esto, ustedes podrían suponer que Jess era pacata por naturaleza, pero a nosotros no nos lo parecía.

Hoy hay anuncios de penes y remedios para aumentar el tamaño del pene por todo Internet, donde se cuenta con encontrarlos, y Jess ha escrito también un ensayo al respecto, en el cual analiza ingeniosamente el vocabulario bizarro de las erecciones comerciales y el volumen del esperma: la jerga de la sólida polla-de-alto-rendimiento-aumentado-manubrio-de-tamaño extra-rabo-del-amor-picha-loca-alargada. Jess ha decidido que esta charlatanería de ventas le parece entretenida en vez de ofensiva, y admira la ingenuidad con la que los vendedores penetran en su vapuleado filtro de *spam*. Hasta ha decidido, paradójicamente, detectar un respeto masculino por el orgasmo femenino en toda la cháchara de ventas. La decencia es un artefacto, y no ha conseguido salvar nuestra cultura ni centrar nuestra sexualidad, así que, especula, lo hará una corriente desbordada de lo que antes se llamaba obscenidad. Vapuleados y empapados por enormes orgasmos que hagan temblar la tierra, todos nos purificaremos.

Inicialmente, había releído *Lolita* en busca de representaciones de un amor sin condiciones, obsesivo y exclusivo, algo que también reencontró, como vagamente recordaba, aunque manchadas, pervertidas, manchadas. Hay genio, pero también hay frialdad. El corazón de Jess no puede permitirse cederle espacio a la frialdad. No puede permitirse enfriarse y helarse.

Jess ha entregado la mayor parte de su vida al amor exclusivo, incondicional y necesario. Ésta es su historia, que presuntuosamente me he impuesto intentar narrar. Pero su amor adopta una forma socialmente más aceptable que la del Humbert Humbert de Nabokov, el trágico amante de una nínfula. Jess ha tenido aventuras menos reputadas, pero hasta la fecha ha permanecido fiel a su vocación maternal a través de todas las vicisitudes.

Me he impuesto narrar esta historia, pero es su historia, no la mía, y me avergüenza mi temeridad.

Las madres del parque infantil y de la tienda de la esquina no se dieron cuenta de lo que le pasaba a Anna durante mucho tiempo, durante muchos meses. Ni tampoco Jim ni Katie en el piso de abajo, aunque la veían más y hacían de canguro para ella, recíprocamente, cuando Jess quería salir una noche a cenar con amigos. Y, siempre que podían, cuidaban de Anna los jueves que Jess trabajaba. Todos veíamos a Anna como una cosita preciosa, cariñosa, de buen carácter, sonriente, con un conmovedor espíritu generoso y solícito. A una edad en la que casi todos los niños pequeños se vuelven violentamente posesivos y codiciosos, ella estaba siempre dispuesta a entregar sus juguetes o a compartir los vestidos de su muñeca. No parecía tomarse a mal que la empujaran o la tiraran al suelo, y rara vez lloraba. Reía muchísimo y cantaba siguiendo las coplillas y rimas infantiles; se sabía un montón de letras y un montón de estrofas. Tenía un amigo especial, un niño travieso, un diablillo llamado Ollie, de dientes mellados y colmillos retorcidos, que explotaba su generosidad y se servía de ella como gancho. A Ollie parecía gustarle Anna, aunque le robara los mejores trozos del almuerzo que ésta llevaba preparado de casa. (Estaba encaprichado de esas porciones triangulares de queso industrial envueltas en papel de aluminio, que Jess normalmente incluía y que Anna, confiadamente, ofrecía a cambio de una corteza o un cacho roto de galleta). Los dos niños que vivían debajo también la convirtieron en su mascota, y jugaban al escondite y a corretear y a meterse bajo la mesa con ella.

Así que fue una conmoción descubrir que tenía problemas.

Era, eso sí, un poco descoordinada y, a menudo, torpe. A veces dejaba caer cosas, o las tiraba, o derramaba el zumo. Pero ¿qué niño no lo hace? Su forma de hablar, quizá, era algo simple y tenía tendencia a repetir expresiones, a veces sin sentido, que le gustaban. Nunca aprendió a manejar el pequeño y achaparrado triciclo de ruedas gruesas rojo y amarillo que había en el

parque infantil: no conseguía pillarle el truco al pedaleo. Pero sabía andar y sabía hablar, y podía jugar a cosas sencillas, montar estructuras de ladrillos de madera y piezas básicas de plástico, y dibujar formas con lápices de cera. Le gustaba especialmente jugar con el agua, y se ponía muy contenta cuando la dejaban salpicar y sacar agua de la piscina inflable que había en el patio y llenar latitas, jarritas y regaderas. Encajaba en el grupo y era aceptada por sus compañeros. A los dieciocho meses, a los dos años, incluso a los tres, sus problemas cognitivos y de desarrollo no eran obvios, pues su buena disposición y ganas de participar disimulaban y superaban su falta de destreza. Nunca parecía frustrarse por sus fracasos, o enfadarse con ella misma o con otros. No molestaba a nadie. A todos nos caía bien. Nadie se daba cuenta de lo diferente que era.

Salvo su madre. Jess, por supuesto, se daba cuenta. Contrastaba los progresos de Anna con los de los hijos de sus amigas y veía que, en comparación con ellos, era lenta. Durante un tiempo se guardó para sí sus preocupaciones, confiando en que Anna fuera simplemente (signifique esto lo que signifique en este contexto) alguien que tarda más en desarrollarse. La matrona visitante de la Seguridad Social, las enfermeras de la consulta y el médico que administraba las vacunas no parecían excesivamente angustiados al principio, encantados, como lo estábamos todos, por el buen aspecto del bebé y su engañoso comportamiento. Aquellos primeros años nos sumimos en un silencio cómplice. ¿Quién quiere dar malas noticias, quién desea oírlas? Hay muchos temas de los que es mejor no hablar, de los que es imprudente hablar. La niña estaba lo suficientemente sana. Comía bien, dormía bien, se comportaba de modo pacífico. Ojalá todos los niños fuesen tan queridos y fueran tan bien vestidos, estuviesen tan bien atendidos y tuvieran tan buen carácter como ella.

Una fría mañana del mes de febrero, Jessica Speight salió con su hija Anna, sin ser vista, en dirección a la consulta del médico en Stirling New Park, la larga y ancha calle residencial

tardovictoriana que se curvaba entre las dos principales rutas de autobús que iban a la ciudad, uniéndolas. La abrigó bien, con su chaquetita roja impermeable forrada de lana, su sombrero con borla de rayas blanquinegras, sus apelmazadas y bien lavadas medias negras, también de lana, sus guantes, sus botitas negras, y después le puso las correas de la sillita y salió hacia su cita con decisión. Había caído nieve, y todavía quedaban unos cuantos restos finos de ésta, mugrientos y helados, al pie de los setos y en las cunetas, como bordes de encaje, como racimos sucios y congelados de flores de saúco manchados de amarillo por la orina de perros, arrastrados por llantas y zapatos.

Un día así, o se sale con valentía o no se sale.

Anna estaba contenta, como siempre, y señalaba con su puño de lana objetos de interés a lo largo de la ruta. Una bicicleta, un coche rojo, un anciano con un carrito de la compra de cuadros escoceses cuyo plástico se estaba empezando a levantar. De vez en cuando soltaba grititos de sorpresa, de aprobación. Mientras caminaba, Jess pensó en el padre de la niña y en su propio rechazo a compartir con él todo lo que sabía de Anna. Pensó en la esquina que había delante de ellas y por la que una madre y una hija felices estaban a punto de desaparecer para siempre.

También pensó en su propio padre, a quien le había contado parte de la complicada historia de su aventura con el padre de Anna, y de su imprevisto embarazo. (Aún no le había revelado sus preocupaciones acerca de Anna, temiendo que pronunciarlas significara confirmarlas). Su padre, un hombre tolerante, cariñoso y de buen corazón, había escuchado con comprensión e interés su relato, y había disculpado e incluso aprobado su conducta. Jess había hecho lo correcto. Las circunstancias eran sin duda desafortunadas, pero había elegido el buen camino, y él siempre la apoyaría. Su padre respetaba su independencia, pero en caso de necesidad ella siempre podía recurrir a él. La reacción de su madre, sin embargo, había sido más angustiada y ambigua, aunque también ella se había abstenido de expresar una crítica abierta o una condena.